

IX

LA MUJER Y SU JUGUETE



La Mujer y su Juguete.

Lo mismo que una famosa novela de Pierre Louis, los albums del dibujante Bac podrian titularse: *La femme et le pantin*. La *femme*, la parisiense, es siempre deliciosa y siempre endiablada. Rica ó pobre, aristocrática ó plebeya, morena ó rubia, chica ó grande, tiene en todo caso una gracia perversa y una singular elegancia. Más que bella es bonita, y más que bonita seductora. Es lo que en francés se llama *peor que linda*.

En cuanto al *pantin*, el títere, sigue, entre sus manos, siendo lamentable y ridículo. Vedlo en sus metamorfosis. En la primera página aparece solo, solo con su tristeza, solo con sus deseos.

Lleva un monóculo. Está vestido conforme al último figurín. Su sombrero ostenta los nueve reflejos reglamentarios, y su corbata es fresca y frondosa cual una flor.

Dejadlo pasar. Helo aquí en el patio del castillo, junto á una pálida marquesita. Ella pregunta, bostezando: «¿Conoce usted á lord Byron?» — «Sí» — contesta él. — «Pues tráigalo un día» — concluye ella. Y á pesar de todo, el que más risible parece es él, el eterno *pantín*, que ni se atreve á aceptar la feminidad con toda su ignorancia, ni es capaz de erguirse con fiereza de amo. Algo más lejos aparece del brazo de su mujer, en el vestíbulo de un palacio. Tres compañeros suyos salen á su encuentro sonrientes, perfumados, lustrosos, floridos. Uno, el más gordo, le dice: «A tiempo llegan ustedes. Justamente nos estamos repartiendo las mujeres que no quieren á sus esposos.» La mueca es desgarradora, sin dejar de ser cómica. Porque en el *pantín* todo inspira sonrisa. Por eso es *pantín*. Ella, la seductora, tira los hilos. ¡Oh! ¡Y con cuánta crueldad los tira! ¿No véis aquellos ojos que se salen de las órbitas, aquellos labios crispados, aquellas manos que tiemblan, aquellas venas que se hinchan? ¿Quién es ese pobre ser? Es el *pantín* grave, el *pantín* que palpita febrilmente agujoneado por el deseo, que palpita y que tiembla. Un paso más. Ved el cuadro del *Ingrato*. Lívido, con los ojos cavernosos, el *títere* no se atreve á entrar. Ella le dice: «¿Ya vendiste tus esmeraldas? Entonces, ven. ¿Cuánto te dieron por ellas? ¿Diez mil...? Dámelos... Y no me hagas sufrir más con tus ingratitudes, rico.» La ironía es feroz. Volved la página, y casi, casi, llegaréis á la tragedia. Entre bastidores, el pobre marido, vestido de guerre-

ro romano, se precipita sobre su mujer y saca la espada para matarla. «¡Eh—le grita ella—que es de cartón!» Fuera de los bastidores, siempre entre gente de teatro, él, flaco, calvo, espuma el puchero, mientras ella ríe en la sala con *los otros*. Pero, ¿á qué seguir al *pantín* página por página? En una sola, titulada *L'heure du berger*, está todo él, en cuerpo y alma, hecho legión, hecho humanidad, siempre lamentable, á causa de ella, que ríe, lasciva y cruel, en el centro.

¡*La femme et le pantin!* ¡La mujer y el títere!

En estas imaginaciones de un realismo caricaturesco hay algo de bestia y de felino. La pantera femenina, ágil como la de la selva, y como ella inconsciente, destroza corazones, anula raciocinios y mata sensibilidades. Es la devoradora profesional de entrañas. Es la vorágine, inconsciente cual un elemento, implacable cual una abstracción. Su aliento envenena embalsamando. Oponer diques á su fuerza, es como querer contener el Océano.

*
*

Bac, artista errante, ha visto en todas partes el mismo espectáculo. En Constantinopla, en Alejandría, en Berlín, en San Petersburgo, en Londres, en Roma, en Madrid, en París, en cualquier lugar donde hay hombres y mujeres, en fin, hay *femmes* y *pantíns*. La heroína de Pierre Louis es andaluza exteriormente, pero en el fondo es universal. Bac ha preferido

vestir á la suya de parisiense, sin duda para hacerla más rica, más lujosa, más coqueta, más artificial.

¡Qué artista de su propia persona es esta mujer, en efecto! Con su cabellera rubia—no más rubia que la de una inglesa, no más abundante que la de una alemana—se hace, según la frase de Mallarmé, «un casco perfumado». No pudiendo embellecerse materialmente los ojos, educa su mirada; la hace tierna ó fogosa, á su antojo, dispone de ella cual de un arma. Sus labios la obedecen, sonriendo, según invariables reglas de personal estética. ¡Y qué decir de la voz! Esa voz fluida, fina, musical; esa voz que acaricia, que gorjea, que halaga y que no es la misma que sirve para dar órdenes á los lacayos ó para insultar al marido; esa exquisita voz para visitas y galanteos, es, en una palabra, el triunfo supremo de la artificiosidad mujeril. En cuanto á su cuerpo, es un verdadero trozo de húmeda y maleable arcilla. Cada una se hace las formas que quiere. Más aún: se las cambia conforme cambia la moda. Hoy que las madonas de Boticelli dominan, es alta, casi incorpórea y esbelta, cual un tallo de azucena. Ayer era espléndida á la manera de las grandes damas del gran siglo. Mañana, puesto que Watteau parece gustar de nuevo, puesto que á la señorita Clairon la erigen estatuas, puesto que la aristocracia da fiestas en los Trianones, mañana será menuda, rosada y florida, como las marquesitas Luis XVI. Los albums de Bac nos la muestran en todas sus bellezas y también, á veces, en la más bella de todas:

vestida únicamente de la seda de su piel y envuelta no más en su blancura.

Viéndola en sus divinas metamorfosis, se comprende su prestigio irresistible. No es un ser como nosotros, no; no es una criatura natural. Es una creación complicadísima en la que hay algo de joya, algo de flor, algo de pájaro y algo de serpiente. Es una cosa luminosa, pulida, suave, olorosa, ligera, etérea, vibrante, variable, ondulante, casi alada y tan sonriente, tan sonriente. Además, es la encarnación del eterno enigma. Las almas que se ahogan en sus ojos, aumentan su misterio; y sus labios, tintos en sangre de corazones varoniles, son como rosas mágicas. Es un abismo que atrae.

*
* *

Para pretender oponerse á tan formidable fuerza de mal, es necesario estar loco. Bac nos lo indica así, en la última página de su *Album*, titulada *Le fou*, y que es la más bella de sus obras.

Ved. Un paisaje parisiense: muros de piedra, techos altísimos, cúpulas lejanas. La atmósfera, cargada de polvo, resulta, en la luz del poniente primaveral, de un color de rosa marchita. A derecha é izquierda, la muchedumbre se agolpa. Todos los rostros denotan miedo y espanto. Delante del pueblo pavoroso, un hombre medio vestido arrastra por los cabellos á una mujer medio desnuda. Es el *pantín*. Es la *femme*. ¡Pero es el *pantín* trágico, el pobre muñeco enloquecido por tanto engaño,

por tanta burla, por tanta lágrima! En la diestra, crispada, tiene un enorme cuchillo. Su rostro horrible expresa un gozo inefable en el momento de herir. Ella, exánime, ya no es bella. Al perder su dominio, su actitud, su crueldad y su enigma, perdió también su encanto todopoderoso.

X

LA PARISENSE ARISTOCRÁTICA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO